

Bitácoras del Capitán de un tripulante.

Día 1.

La embarcación es enorme. Noventa y siete toneladas de madera serena dispuesta a salir a mar abierto. Dos mástiles erguidos fuertemente. Casi un kilómetro cuadrado de lona fina quemada por el fuego al horizonte de las olas, sostenido con delicadeza por las vergas petrificadas en el cuerpo de los mástiles. Proa cortante. Lombardas y timón estridentes. Escotilla, fogón y toldilla ligeros. Popa y timón suaves, cual si conocieran su destino de acariciar el agua con gentileza. Tersa, aunque un tanto estrujada por la sal, la nao está lista para zarpar.

Antes de partir nos reunimos todos en cubierta, nos asignaron camarotes y lugares de acción. El capitán dio instrucciones para atracar y zarpar de un puerto, instrucciones para restaurar las partes quebradas del barco, instrucciones para ver las estrellas junto a Polaris, la estrella del norte; nos dijo específicamente cómo debíamos subir y bajar del navío a las aguadas, nos enseñó a atar los nudos de las velas y a cambiar el rumbo con

los vientos y el timón. El capitán nos capacitó a todos para navegar: según su voz era a multitud, pero sólo zarpamos ocho. Repitió una vez rápidamente la catequesis y nos envió a casa.

-Zarpamos mañana- a voz de mando.

Día 2

Abordamos por babor al amanecer. Uno de los marineros llegó cuarenta minutos después de la hora acordada. El capitán le ordenó volver a tierra, no estaba listo para viajar. Nos advirtió nuevamente los oficios que tendríamos en alta mar y, anticipando el éxito de la misión, nos ordenó descargar nuestro equipaje. Yo había de compartir camarote con el marinero en tierra firme, así que estaba solo, puse dos valijas sobre la cama de abajo y organicé algunos productos de viaje en un pequeño mueble con tres cajones: En el primero este cuaderno y seis lápices, tres nuevos y otros tres a medio usar, un diccionario de jerga marítima que sólo yo poseía, el resto de tripulantes eran profesionales, habían embarcado dos o cinco veces, más que yo en todo caso; en el segundo: un pañuelo, dos jabones de baño y dos botellas con agua potable; en el tercero: algunos documentos y monedas de oro. Volvimos todos a cubierta y entre dos atamos el ancla a la escotilla. Oficialmente habíamos partido, estábamos lejos del puerto, iniciando nuestra misión

exploratoria entregándonos a las tempestades, a la voluntad espantosa del mar.

Salimos de bajamar cuando se imponía el sol en lo más alto del cielo, pequeños cirrocúmulos le rodeaban y hacían su brillo intermitente sobre el rostro del timonel, el viento acariciaba con seguridad la vela mayor y suponía un movimiento proporcional a la distancia. El capitán nos recomendaba jugar con el bailer y la proa se levantaba de la superficie del agua revelando la quilla manchada por la sal, luego volvía con violencia sobre las aguas y el barco se veía impulsado por el viento nuevamente. Cuando alcanzamos altamar ya no hubo vuelta atrás, habríamos salido de la bahía y el timonel, tras esquivar todo bajío, amarró la baderna y se dirigió a la proa, fui tras él; dos o tres minutos concentrado en el horizonte, tiró un poco de arena e hizo un par de señas confusas al capitán.

Liberen las velas.

Día 3.

Mi lugar es la cofa del mástil mayor. El capitán me dice que después de cinco días dejaré de amarrarme a las vergas y seré parte del barco. Hoy es la primera vez que subo, me sujeté con soga gruesa y dos nudos de ocho por cada extremidad; parecía la intersección de cuatro ejes dimensionales y de fondo el cielo azul ultramar y el sol escudriñando los muladares del barco.

Sobre la cubierta se dibujaban las sombras de las vergas, las sogas, el mástil y mi cuerpo atado al barco, cuerpo que según el capitán aún no pertenece al de un vigía.

Cinco días, dele cinco días.

-El capitán no sabe quién soy, no sabe qué sé, no sabe por qué embarqué y de repente soy el hombre en quien más confía, el hombre de quien prefiere escuchar el primer aviso de su muerte. -

El sol llegaba a su cumbre en la altura y en una circunferencia completa no encontré tierra. Nos aproximamos a la deriva con tanta furia como el mar nos propuso. Uno de los cinco jugaba con el bailer y el agua salpicaba en la escotilla; aún estamos todos atados al barco, como yo a la cofa, casi con los pies apuntillados a la madera de la cubierta, menos el capitán y el timonel. Ellos sobrevolaban la nave de popa a proa y de regreso a la toldilla, cual ave del océano.

Al ser marinero se es también un pájaro, el viento siempre a favor del capitán.

Día 5.

Ayer fue día de limpieza. La nave se invadió de unas criaturas que volaron muertas al púlpito llenándolo de una especie de baba púrpura y putrefacción. Los restos llegaron al muladar porque El Capitán dice que hay zonas del mar que deben ser respetadas. Pasé una noche difícil de sueño interrumpido por sacudones de la nave. A la madrugada, horas antes del asomo del poniente, subí a la cubierta y, plantado sobre uno de los baos, encontré la estrella del norte. La Ursa menor huyendo por el occidente, Orión al mando en el zenit, la constelación de Leo y Júpiter. Luna ausente y cinco mil millones de estrellas más. No se ven estrellas así en tierra firme. Es tal como mencionaba el capitán mientras nos instruía sobre Polaris:

-Se darán cuenta cuando sea el momento: las estrellas son la sal del mar-

Hoy desperté tras de un corto sueño al amanecer, comí dos pedazos de pan y subí a la cofa, atado de las dos vergas superiores con soga gruesa. Esta vez no me até los pies pero

por ello no logré moverme con soltura alrededor del mástil. Estuve más que intacto, sentado en la cofa e intercalando la mirada al mar con la mirada a mi diccionario marítimo. He estado muy solo por no entender el lenguaje de los marinos y me veo obligado a no hablar. El timonel se sienta solo al almuerzo y parece estar calculando todo el tiempo alguna manera de evadir naufragios. El capitán, por el otro lado, se impone sobre la mesa de la tripulación. Erguido de confianza señala la ruta de exploración sobre un viejo mapa remendado con papel y agua salada que carga todo el tiempo consigo. La ruta es improbable, nos dirigimos hacia el fin del mundo.

Día 6.

Cinco balizas inundaron mi campo visual. La primera interacción con un cuerpo extraño al mar y al viento en cinco días lejos de las costas. Salió un fuerte silbido de mi boca que pareció ampliarse con el viento salado, de inmediato el capitán volvió hacia el cielo y le hice dos o tres gestos señalando a las boyas. No hizo alarido más que cuando erguí la mano hacia la proa de la nave y corrió al balcón. Un bajío inesperado era cercado por las cinco balizas rojas que flotaban en el agua inquieta.

¡Timonel! ¡El bailer, el bailer! ¡El timón a la derecha! ¡A LA DERECHA!

El Timonel de un lado a otro como si fuera capaz de pilotear la nave él solo, sin ayuda de alguien más, ni siquiera del capitán, se rebullía desde el bailer hasta el timón, donde rápidamente ató la baderna con este girado totalmente a la derecha. Hizo dos nudos simples en la soga y tornó su mirada hacia el cielo, pasando por la cofa. Me señaló el bailer y colgué de mis dos brazos desde las vergas justo hacia donde su dedo me guiaba.

Alterné el bailer con el balumero para achicar la velocidad del barco. El capitán parado firmemente en la proa sacó de su blazer el viejo mapa, que alterado por el viento, observó por pocos segundos en silencio, mientras aún esquivábamos el grupo de balizas.

Estamos cerca de costa por el este, vamos a rodear las balizas sin varar en el bajío.

Yo tenía el bailer y el Timonel soltó la baderna. El barco dio un bandazo a babor e inmediatamente parte de la cubierta se empapó de agua salada. La última baliza del grupo golpeó la popa e hirió la nave.

Es nave de guerra, en su madrugada será reparada.

Día 7.

Desde la cofa vi al capitán subir a cubierta, sin blazer por primera vez, rondó por estribor la nave y me dirigió su mirada. Una vez más estaban mis manos atadas a la verga con la gruesa sogá con que se amarran las velas. Sobre nuestros cabellos se alzaban pequeños cúmulos de nubes oscuras de las que llegaban cortos momentos de brizna suave, el cielo nos prometía lluvia.

Debemos reparar el barco. ¿Ves algo al norte?

Nada, el horizonte hizo un voto por un banco de niebla, pero era el tiempo del cuidado a la nao. La popa estaba averiada por el choque contra la baliza. Timonel ejerció su fuerza sobre el bailer y la nave achicó. El capitán gritó por las velas alzadas y entre los cuatro marineros y yo las aferramos a las vergas. Siete tripulantes de una nave reunidos en su popa como elevando una plegaria al dios de los mares y las tormentas, aguardando la milagrosa reparación de un pequeño agujero de la madera exoesquelética de la escotilla.

Un martillo y clavos en mano.

¿Cómo se repara un barco en altamar?

Día 8.

La reparación del barco no se hizo efectiva, fue una herida menor que el capitán aseguró poder controlar, ayer no lo hizo y hoy se dilató en el tiempo. Aún, tal como dijo, al momento de tomar nuevamente los clavos y el martillo estuvo sumergido en un acto de amor para con la nave:

Atado a la barandilla, sobre una plataforma de madera, acariciaba la popa y la golpeaba remendando el agujero. Madera sobre madera casi hasta tocar la escotilla, como poniendo un parche sobre un blazer roto en el codo, el codo del capitán. Desde un poco después del almuerzo surgió una calma progresiva, cada vez el aire estaba más quieto. Mis sospechas sobre el aire tibio y sin afán se incrementan:

Al séptimo día fue reparada la nave.

Se precipitan sobre nosotros los vientos del Este. – El capitán como última palabra.

Día 9.

La nao reparada, cuatro marineros, Timonel, Capitán y yo. Yo que no sé si soy algo más que quien actúa como vigía electo por la persona al mando. No soy marinero, no soy navegante, no soy un viajero: soy tripulante o el sueño de un explorador.

¿Quién me aseguró que no tendría el barco abatimientos si permanecíamos explorando?

Tras las horas eternas de vientos tranquilos y marea compasiva, yo, atado de la mano derecha al mástil de la vela mayor, veía la superficie cambiante de la marea. Bajo una capa grisácea, como si fuera un liviano manto de seda opaca, se escondía la profundidad de las aguas, íntimamente revelada al barco con el más mínimo de sus movimientos. Anduvimos a menos de un nudo hasta más de la mitad del día. La costumbre a los vientos tempestivos de los primeros días en alta mar nos reclamó por la lentitud y el cansancio terminó por minarme los ojos.

¡Vigía! ¿Algo a proa?

Nada, la misma delgada capa de grasa inundaba mi vista de la superficie hasta el horizonte; al norte nada, al sur nada, este y oeste vacíos, sólo el azul grisáceo de las hondas. El movimiento del barco, casi indesplazable en el espacio, se hizo mucho más notorio hoy. El mástil de la cofa movía de lado a lado su eje y con él mis ojos, mi estómago y mi boca.

En popa una mancha de residuos orgánicos se alejaba lentamente con el agua hacia las costas de todo el mundo, hasta desaparecer.

Día 10.

Esta mañana, al despertar sobre el colchón a rayas del camarote: ojos desviados hacia los brazos, brazos llenos de poros abiertos exhalando agua fría, agrio viajando por la lengua hasta el estómago. Una y otra vez las arcadas iban al compás invariable de la oscilación del barco.

Eugh. Hug. Wak. Buag. Bluff. Sniff. Eugh. Hug. Huug.

Parecía casi definitivo: El mar se había hartado de tantos festejos y a la par mi piel reclamaba el aire sin sal de mi anterior morada. Seca, como la carne adobada con sal y puesta al sol.

Subir a la cofa no fue nada sencillo, no tuve energía para atarme las extremidades a las vergas del barco así que escalé lentamente el mástil y permanecí tan inmóvil como pude. No tuve energía ni para sentir el terror de estar sin un seguro en altura, sin un ancla al barco sin ancla. En barlovento un cúmulo de grandes nubes nos hacía presa, permanecían quietas a lo lejos de la popa, al ritmo del barco en su movimiento ondular.

El alma de todos los cabos era lo único que permanecía inmóvil al rondar el capitán sobre cubierta.

De regreso al camarote, en la calma oscilante del mar. Calma que parecía volverse un augurio de tormenta.

Día 11.

Al despertar, dos de los tres cajones del mueble de madera en mi camarote estaban entreabiertos. En ellos permanecían el cuaderno, los seis lápices, el diccionario, el pañuelo, los dos jabones de baño y las dos botellas con agua potable. El tercer cajón cerrado completamente, las valijas de viaje tumbadas a los pies del camarote. Todo en sus cabales pero fuera de su lugar. Pasos se escucharon al otro lado de la puerta que encerraba mi lugar de sueño. Dos pies. Cuatro pies. Doce pies. Salí a cubierta junto a todos los marinos y me paré en el mismo sitio en que se detuvieron ellos. La cubierta inundada de millones de pequeñas gotas de algo similar a la lluvia que bajaban al barco como rocío. Caían lentamente, mientras todo parecía caer lentamente. El Capitán arribó dando tumbos de Ron desde el interior del pasillo, se detuvo dos o tres pasos delante de la línea de marineros intactos y con un esfuerzo casi sublime me dirigió sus ojos.

A la cofa. A la cofa ya. – Siempre a voz de mando.

Me olvidé por completo de las sogas por primera vez y me elevé con sorpresiva destreza por las escalerillas del mástil, me instalé en la cofa y me sujeté de su borde. De barlovento a sotavento un velo de niebla densa se desplegaba hacia este y oeste. Nada estuvo hoy a mi vista, pero en medio del esfuerzo de mis ojos por ver, capturaba en mi retina el correr del viento, hilos tensos de una luz grisácea que venían en propulsión desde la popa. Lo entendí de inmediato: Tuve por fin ojos de vigía. El Capitán había errado: a los diez días en alta mar mi cuerpo era cuerpo de la nao.

Anocheció sin siquiera haber salido el sol del entretecho nuboso que nos separaba del cielo. Estrellas: no. Luna: no. Mapa náutico: no. Sal del mar: no. Sólo teníamos un viejo mapa en el blazer del Capitán con una ruta errada hacia el final del mundo.

Mientras salía de la cofa para retornar sobre la quilla, El Capitán erigió sobre mí un grito que me ordenaba permanecer en la cofa.

En el día diez el vigía está en vigilia, para que lo escriba.- El Capitán mirando a la verga principal mientras me reacomodaba.

El navío se adentró en una noche vacía, vacía y negra. Avanzaba tanteando el alba en la oscuridad, con el único sonido del viento acariciando aún con gentileza, como despidiéndole, la nave.

Estuve a punto de cerrar los ojos cuatro o cinco veces pero permanecí firme Con los párpados juntos sólo al humedecer los globos oculares. Tres o cuatro horas pasé absolutamente solo, nadie en cubierta, nadie en el Balcón, nadie en el timón, nadie sobre la quilla. Seis cuerpos ausentes en medio de la noche: Tres o cuatro horas antes de asomarse una luz por entre las nubes.

Polaris.

Era Polaris la razón del grito del capitán, la razón de mi vigilia y, sospecho aún, la razón de mi viaje.

Apenas a la vista, un alarido salió impune de mi boca, sin que yo lograra detenerlo.

¡¡Es Polaris!! ¡Capitán! ¡Timonel! ¡¡Capitán!!

Era mi cuerpo auxiliando a la nave, conociéndose finalmente con ella: En dos por tres bajó de un brinco a la quilla, la cofa

estaba vacía de nuevo y, sin dejar de mirar lo ojos a la estrella, dio tumbos por entre el corredor de los camarotes, golpeando con puños la madera, despertando a diestra y a siniestra, había visto la luz en esa noche, por fin, mi cuerpo sin mí.

El Capitán salió con el dolor de sienes en todo el cuerpo, hay zonas del mar que deben ser respetadas, zonas en las que incluso demasiado Ron es vengado. Parado sobre la quilla, yo veía la luz de la estrella registrarse en sus ojos, una sonrisa casi invisible surgió de su boca y me dio dos palmadas en la espalda. Siempre me han molestado las palmadas en la espalda.

Bien hecho. Quédate hasta el amanecer en la cofa. – El Capitán con un poco de gracia.

Todos regresaron a su camarote. La última orden de la sonrisa del capitán sabía su pedido: Sobre la cofa nuevamente, sorprendido viendo la luz de la estrella por entre un pequeño agujero en la nubosidad, mi corazón corría. Las velas estaban envergadas. La baderna puesta en el timón. El barco avanzaba con mucha tranquilidad, impulsado únicamente por el viento que llegaba a la madera. Mis ojos clavados en Polaris, cuando sin precisar por qué, poco a poco, el agujero entre las nubes se estrechaba. Mis ojos atentos, atentos, atentos.

Se extinguía la luz.

El albor de la estrella desaparecía justo después de hacerse más notorio, las nubes rosaban la luz y de un momento a otro, en un impulso del cielo, nube con nube se tocaron. La estrella ya no estuvo esa noche. Nuevamente no sabía dónde estábamos y comprendí la orden del capitán.

Llegó el alba y mi cuerpo reclamaba descanso. Yo estaba invicto, pero él me pedía auxilio. Al aclararse el banco de nubes a nuestro alrededor, nuevamente sin sol, subió uno de los marineros a cubierta, el que silbaba mientras desenvergaba las velas, hizo un gesto hacia el cielo y yo bajé. Era bizco, nunca lo había mirado a los ojos. Erguió su mano hacia mi camarote y de repente caí cual yunque sobre el colchón rayado de la litera de abajo.

Ya estábamos en el día 12.

Día 14.

Tras mi primera noche en vigilia ya varias cosas parecen conocidas. El barco ya empieza a sentirse mi lugar. Días 12 y 13 en omisión, parecí haber trabajado dos años sin descanso alguno, sin siquiera dos segundos de pausa. *Me dispuse a dormir una semana, un mes, sin que me hablasen. Dormir un año, nada más dormir.*

Hoy desperté con manchas de esa lluvia viscosa en los pies. ¿Qué sería? No lo sé. Un aceite inodoro, incoloro, insonoro. Solo visible y perceptible al tacto. Como baba de alguna criatura voladora escondida en el entretecho del cielo. Subí a cubierta con debilidad de haber soñado mucho tiempo. La niebla estaba más densa que dos días atrás. El horizonte había desaparecido. Las nubes al nimbar omitían cada posible línea que nos permitiera distinguir nuestra posición en el mundo. El barógrafo disparataba datos, la presión variaba muy rápido y su agujita con grafito no lograba traducir los cambios al papel. El Capitán caminaba de un lado a otro, sereno. El Timonel, sereno.

Los cuatro marineros, serenos. Yo estaba experimentando una subienda de sentimientos extremadamente variados en tiempos muy cortos: Cinco minutos sereno, contagiado por la actitud de los demás presentes. Diez minutos después, agitado, subiendo y bajando de la cofa. Veinte minutos luego, intacto en la cofa, sin sogas que me atase al barco. Media hora y con el corazón precipitado, curioseando por entre las nubes, desesperado por hallar algo para comunicar al Capitán. Igual a los días antes de zarpar.

El barco ya estaba en el mar, no había vuelta atrás. Enfrentar la nébula era parte de todo el grandísimo evento que recogía el navío.

Día 15.

La niebla no se ha dispersado, hace ya cuatro días que viajamos con las velas envergadas y a garette, como era supuesto. Los marineros, el Capitán y Timonel siguen en su calma perpetua y yo asimilo cada vez mejor nuestra deriva. El barógrafo marca datos muy variados, la presión sube y el barco, de alguna manera, le obliga a bajar. La presión vuelve a subir.

Bajo la quilla, en los muladares, aún se esconden los restos de putrefacción dejados por las criaturas que brincaron del mar al púlpito. Apesta a muerto. Yo permanezco en la cofa haciendo oídos sordos a la limpieza del muladar, mi tarea es ser vigía, aún en medio de la neblina densa, ver el viento en hilos de luz venir hacia el barco, o contra él, o para él. Ver el viento llegar, en cualquiera de los casos.

Este es el sitio, aquí va este desecho.- El Capitán a su voz de fuerza.

Tres marineros levantaron su mirada hacia mí reclamándome con sus ojos, el cuarto hacia el cielo. Ese cuarto es bizco. El Capitán me hizo un gesto familiar, gesto diciendo *ve con ellos, te conviene*. Bajé de la cofa y me hendí en el muladar con dos baldes de madera vieja, madera que parecía ser parte del barco. El hedor del muladar me era familiar, afín con una ensalada de mariscos almacenada por un mes en una nevera con sus circuitos oxidados.

El mar agreste y espeso recibía con algo de rabia los retales de sus propias ofrendas a nosotros. Mientras veía cómo se dispersaban en las olas lo que botábamos a ellas, pasaban frente a mis ojos variedad de basuras, como si minutos antes o en el mismo instante otro navío estuviese desocupando su cuerpo de residuos. La niebla no me permitió ver más allá.

De regreso sobre cubierta, un reflejo de luz bailaba temblorosa sobre la madera, bajo mis manos mientras me disponía a limpiar los retales de la putrefacción desechada. Mis ojos buscaron el sol entre las nubes, nada. Era un halo de luz que entraba a la nave, cual si la luz del sol se partiera y, suspendida

en el aire, nos diera una pista de lo que no podíamos ver fuera de nuestro nimbo intacto.

Día 16.

La niebla amaneció mucho más pesada que en los últimos dos días. Recluidos en un nimbo con visos ocre a nuestro alrededor, los cúmulos de lluvia permanecían intactos, fuertes como hielo ante nuestra mirada, ante la mirada del vigía. Tanto tiempo sin saber hacia dónde navega el barco; nunca lo hemos sabido pero todos, y en especial yo, viajábamos con la seguridad de encontrar tierra. Esa seguridad, ahora omisa, ha sido convertida en espuma, ha llegado la esperanza junto a la incertidumbre.

¿Cómo asumir la decisión de viajar a la deriva?

La cofa sería lo último en hundirse, como sería lo primero en salir de la niebla si se disipara hacia abajo, derritiéndose hacia el agua. Se hacía más densa al avanzar el día, el sol no era visible más que por la luz que llegaba a nosotros a través de las nubes. Diría que por poco estamos a punto de perder nuestros cuerpos, de no poder mirar las manos aunque estuvieran justo frente a nosotros, pero la inclemencia del aire y el agua no llegaba allí. Pareció que nos mantuviera en el limbo de la

esperanza y el desespero, en una levedad que nos obligaba a insistir sobre la navegación, que no nos permitía rendirnos o sucumbir, pero tampoco brotar de ella, triunfar. Ese magnífico nimbo parecía amenazar a todos los marineros del universo, como asegurándose de que ya nunca pasara por allí un navío. Sabía que en diez, cien, mil años ya no estaría nadie allí, pero habría agua y aire. La niebla inmortal.

No sea doblegado el barco, la bruma cesará. Vigía, permanece atento.- El capitán en su trompeta de mando.

Día 17

Un día más, despertar bajo el cerco ocre de niebla quemada, la misma niebla, inmutable. El Capitán predice que de repente el sol volverá a filtrar el casco sólido de agua y aire que nos aprisiona hace varios días. No hay manera de saber dónde nos encontramos, no sabemos dónde es el sur o dónde es el oeste. Por un golpe de fortuna estamos sobre una superficie y tenemos, o por lo menos yo creo tener, el conocimiento más básico sobre la gravedad. Pero el agua es tan confusa. Nos bambolea de un lado a otro con tanta suavidad que es cruel, en un parpadeo solamente la mente está segura de que estamos sobre el agua. Si fuera únicamente por la experiencia en tierra, el cuerpo estaría seguro de que vamos en el aire.

Esta nave tiene un comportamiento distinto a todas sobre las que leí en tierra firme: Se me permite dormir por días, aún hay comida para cada uno de los marineros y para mí, es mi barco. Sin embargo es más susceptible que todos los navíos de la historia, susceptible a la deriva, es un instrumento del azar.

Día 18.

Noche turbia, el movimiento del barco me ha llevado a soñar con tierra firme, con mis libros, con mis padres, con cada cosa que abandoné y que, así vea de nuevo intacta, no será nunca la misma. Desperté deseando no querer volver a tierra aún, el vigía debe estar hecho para permanecer en lo más alto de la madera hasta los días de su muerte, anhelando estar hecho para viajar. Las costumbres se atenúan.

Salí a cubierta y ya estaban todos en su trabajo, la mirada bizca del marinero me rozó como amenazándome, el Capitán notó mi presencia en cubierta y se dirigió a mí velozmente. Puño en el brazo derecho, y una mirada sobresalida indicándome subir a mi puesto de trabajo. Ni una sola palabra. En el Capitán recae la esperanza de cada uno de nosotros junto al cansancio cruel del mar. Hoy el Capitán se vistió de incredulidad, viviríamos para siempre dentro del ladrillo de hielo, nunca volveríamos a ver la luz directa del sol, nunca llegaríamos y jamás volveríamos a casa, de ningún modo recuperaríamos la empresa del viaje.

Todos juntos, rabiosos, humillados ante el fuerte universo que nos contenía.

Día 19.

¡Hoy fue el día! Este fue:

Ayer despojados de toda mirada alta, desinflados y unidos casi en el muladar de la nao, ya naufragando y con la promesa del destino hecha trizas. Hoy fui el primero en salir a cubierta. Al parecer mi ignorancia en la navegación es también inocencia respecto al fin: en las historias, el navío siempre llega a su destino. El domo, en su voluntad sobrenatural, había cambiado de color, su densidad se había transformado, aliviado por una entrada de luz, *tenue bruma de oro*. Estuve buscando con, más que desespero, algo que parecía curiosidad, alguna imagen reconocible por entre las rocas de vaho que antes eran color ladrillo, una ventana se abrió y el viento helado y húmedo recorrió su camino hasta tocarme. Temblé.

El vigía siempre es el primero que ve: Desde lo más alto del cielo, la niebla fue revelándome poco a poco una imagen al horizonte, como por un espejismo: Dos gigantescos barcos negros abarloados con un extraño ducto, comunicados.

Desaparecían esporádicamente porque el viento movía la marea y, a mis ojos, el horizonte cubría la imagen. Tras él miles de pequeñas luces hacían de escenografía, *un faro*, pensé. Volvió la imagen y en cuestión de segundos el ducto desapareció, los barcos se confundieron con el espejismo y las luces del gran faro se fundieron tras el cuadro desaparecido.

Llegó la noche en forma de tela negra y vaporosa y en ella se agrupó toda la niebla opaca, como si fuera un papel dándose para el dibujo. Y por fin, la lluvia. La lluvia que derramaba sus pizcas desde el sol de la tarde, sol reflejado días antes en la superficie de la nao, por entre la bruma igual a un rayo decidido por la cubierta. Una corta salida al mundo para los ojos de la tripulación, tan similar a las lumbreras de la cámara interior de la nave.

La predicción del capitán se ha hecho efectiva.

Día 20.

Apenas salió el sol subí a cubierta. Todo exhalaba tanta luz que mis ojos se negaban a abrirse de golpe. Pasos sobre la madera del piso de la nave, palmaditas en la espalda, la risa de victoria del capitán, orgulloso, las velas tronando en respuesta del viento. Mis ojos cerrados aún, al abrirse no reconocían nada.

Día 24.

He olvidado escribir los últimos días. El día veinte, cuando se disolvió la nubosidad, volví aquí a donde duermo y abrí mi diccionario. No pude leerlo, sale de él tanta luz y mis ojos se niegan a descifrarlo: He empezado a confundir las palabras, a nombrar mal las cosas del barco, no las he escrito y ya no puedo verlas en el diccionario. Ese mismo día, en la ceguera extraña que me colonizó, yo con los ojos cerrados, escuché por primera vez hablar a los marineros tan claro, en una lengua que yo desconocía pero que parecía entender. No eran las palabras que yo sabía de los barcos, era como si sus voces fueran parte también del barco, no acerca de él. No escuchaba nombrar la canasta sobre la que me subo por el madero que está en la mitad del piso de la nave, ni escuchaba mi nombre ser dicho, ni escuchaba al capitán haciendo de valiente. El viento viajaba como nosotros, desde un lugar a otro, el camino se ha perdido definitivamente, no existen las direcciones que en el aparato de metal se denominan *N*, *E*, *W* y *S*. Las líneas lánguidas que evitan la caída de las telas sostenidas por el madero que está, como

una cruz, puesta sobre la canasta a la que insisto en trepar, están sueltas. El barco ha empezado a andar con el viento, parece que volara. He olvidado los nombres de las partes del barco pero ahora los marineros me han dicho que ya empecé a aprender. Aún pongo las tildes, los puntos y las comas donde deben ir.